

nomía bien definida que le conquista no pocos adversarios. La vieja y la nueva moral sexual son examinadas por el filósofo de Cambridge con un criterio severo y desprejuiciado, que en el ambiente de tolerancia de la vida inglesa comienza a ser valorizado hasta que se le llega a justipreciar en todo su alcance.

Cuando va a vivir a los Estados Unidos, sufre en los comienzos de su actuación en ese país, un período de incompreensión que le causa algunos descalabros como maestro universitario. Pero esto no afecta en lo íntimo la reciedumbre de su espíritu, poseedor de fuertes convicciones acerca de la libertad del pensamiento, como base enaltecedora de la condición humana. La primera guerra europea de este siglo trae un cambio notable en la sensibilidad y en la moral, que favorece los puntos de vista y los fundamentos de las ideas de Bertrand Russell con respecto a la libertad del pensamiento. En la pureza de su ideario y en la maciza arquitectura de su obra que en el último tiempo alcanza inusitadas proyecciones, el filósofo de Cambridge, ya superada la etapa de las luchas y dificultades, y, en el pleno goce de una nominación de primera categoría, recibe el Premio Nobel, que le da el brillo oficial a sus merecimientos.

<https://doi.org/10.29393/At305-32PMRA10032>

El poeta del Maule

Acaso con la frente inclinada, meditando en la suave trayectoria de su existencia, o quizá si con los ojos perdidos en las azules lontananzas del ensueño que siempre arrulló su corazón, se ha extinguido para siempre ese hombre que se llamaba Jorge González Bastías y era el bucólico y dulce poeta de las tierras pobres del Maule.

Vivió maravillado ante el paisaje de su tierra y a ella le cantó a lo largo de toda su existencia. Era uno de esos hombres limpios de corazón, que no ambicionaba ni glorias ni oropeles, que en el fondo podían manchar la pureza de su alma cristalina como los esteros de sus tierras del Infiernillo. Allí, como un buen señor campesino en su amplia casona acogedora, se sentía feliz cuando sus amigos iban a visitarle en su rincón solitario, en donde transcurrieron sus años oyendo el rumor de la naturaleza. Las voces del agua y el canto de los pájaros. Era como ellos, sin mengua de recelos ni desconfianzas, porque sólo ambicionaba expresar la belleza interior que iluminaba su espíritu y que al exteriorizarse se convertía en claro torrente de armonías.

Era limpio de corazón y cuando la inspiración le tocaba las cuerdas más sensibles, para hacerle oír la música interior de sus sueños de poeta, allí en la paz de su casona, oyendo el bordoneo de las abejas y el dulzor melódico de los pájaros que cantaban sus errancias infinitas, escribía sus versos para irlos guardando en un viejo arcón, como si amontonara sus recuerdos en que dormían, arrullándole, todas las canciones que le agitaban como en una permanente y dulce vibración. No le asaltaba la inquietud de la publicación inmediata, ni estaba mandando a periódicos y revistas sus versos saturados de aromas agrestes. Los dejaba allí, como si estuviera pensando en que también esos versos debían purificarse en las horas de silencio y de paz que reinaba en su ámbito, en su remanso sin zozobras, en su resplandor sin sombras.

Allá junto a la «vera rústica» que cantó, sacando armonías de su «venero nativo», se ha dormido en la dulce paz de su alma, sin vericuetos ni resquemores.

Cantó a los árboles, a los pájaros, a la tristeza de los campos agostados, en donde las bestias a veces vagaban sin encontrar una brizna de pasto para alimentarse. Sabía encontrar siempre el encanto rústico y poético de las tierras pobres. De ellas sacaba la riqueza de su inspiración y los motivos más hondos de sus cantos. En los libros que publicó se advertía esa quietud, ese suave recogimiento, esa armoniosa placidez para mirar la vida que pasaba junto a él como un río tranquilo en que se reflejaba toda la hermosura de la naturaleza.

Cuantas veces le vimos aquí en Santiago, lo encontramos como si anduviera extraviado en un mundo desconocido. En un ambiente que él no sabía interpretar. Le oíamos conversar sin salirse de su quietud, como si trajera el mensaje de la naturaleza, en donde hubiera permanecido en permanente éxtasis. Quería a sus compañeros de letras como hermanos de ideal estético, y cuando discutía sobre algún problema ajeno a su devoción, se advertía su pasión y fervor vital. No era un indiferente. No era un hombre abstraído en su mundo interior únicamente. Pero se daba a la vida sin deseos de manchar la clara perspectiva de los años que habían transcurrido junto a él, sin provocarle ambiciones desorbitadas.

Las páginas de «Atenea» se honraron en muchas ocasiones con las producciones de Jorge González Bastías. Ahora que duerme en lo infinito queremos que su nombre se quede también en estas páginas, como una rutilante hebra de emoción para recordarle. Ha partido, pero desde su ausencia le recordamos con el calor humedecido de tristeza, de nuestros afectos más puros.